



"La tiara de Saitapharnés, que se guarda en el Museo del Louvre, de París, y cuya autenticidad ha sido puesta en duda recientemente." 1903, n.º 1.110, p. 246.



## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### EVOCACIONES

En esta época del año, París — que según opinión general *está triste* y donde sólo se encuentran ingleses de Inglaterra — me gusta lo mismo que cuando la alegría mundana le rebosa, con el bullicio de sus fiestas primaverales. Verdad es que aquí las fiestas, que serán un encanto para quien reside habitualmente, son para el turista curioso y que quiere traer-se la ropa necesaria una complicación.

¿A qué venimos aquí? No á presentarnos en un *raoul* más, sino á estudiar y mirar despacio lo bueno que esta metrópoli encierra. Cada año, nuevas adquisiciones, manantiales afluentes al Sena, acrecen el caudal que podemos llamar *nuestro*; como que lo disfrutamos sin trabas y sin esos mil obstáculos que en países menos adelantados se interponen entre el aficionado y el objeto de arte.

\*\*\*

En un Museo tan conocido como el del Louvre, siempre hallo mucho nuevo. Va mejorando la distribución y arreglo de sus cuadros, cristalerías y escaparates, el decorado de sus salas, y sin interrupción lo enriquecen legados y donativos de particulares, amén de lo que adquiere á veces con los fondos que ponen á su disposición generosos é inteligentes millonarios, y con buen gusto y tino, por lo general. La prosperidad, el tacto y celo de su administración, llaman por el dinero, y aquí (no tanto, á pesar de todo, como en los países sajones) va acimatándose la contribución voluntaria de los poderosos, en beneficio de la educación y el goce artístico de la colectividad.

\*\*\*

Este año encuentro en el Louvre, ya debidamente instalada, la herencia de un individuo de la opulenta familia Rothschild. Esta familia había hecho ya al Louvre el regalo inestimable del célebre tesoro de Bosco Reale, una de las más importantes colecciones que conozco, y dicen que de las más auténticas (en tales cuestiones, á pesar de mi afición, prefiero hablar por referencia). Es el tal tesoro (compuesto de objetos de plata cincelada, que se encontraron en Pompeya y que formaban la colección griega de un *amateur* latino) una pura maravilla, conjunto de piezas tal vez únicas, y que demuestra, si demostrarlo hiciera falta, cómo en arte nada podemos idear que la antigüedad no haya realizado. Los plateros modernos se dedican ahora á reproducir los modelos de Bosco Reale, incapaces de emularlos, porque no cabe superar su perfección, ni crear en argentería mayor hermosura. Cuando esta colección salió al mercado, el Museo no disponía de la suma, relativamente mínima, de medio millón de francos, que pedían por ella. Acudió á la caja de Rothschild, y la halló dispuesta á sufrir la sangría: aflojaron el medio millón, con la propina de veinticinco mil francos, destinados á arreglar, remontar y limpiar como corresponde los objetos, quitándoles la suciedad secular y dejándoles la dulce pátina que da todo su sentido á las líneas y á las formas.

Después, á su muerte, Rothschild legó algo más personal, la colección que ahora veo colocada, y en

la cual figuran bastantes joyas españolas. De verdaderas joyas se trata; lo que llena la gran vitrina central son en su mayoría objetos de plata, oro y esmaltes, enriquecidos con perlas y pedrería. Siempre oí susurrar en Madrid, á los anticuarios, que Rothschild era un parroquiano incomparable, pero que era preciso llevarle el objeto antes que nadie lo conociese — y se lo llevaban, es decir, como escribo desde París será más exacta diciéndolo que se lo traían. — Si la odalisca merecía ingresar en el harén, aquí se quedaba, fuese cual fuese su precio. A poblar de beldades españolas el harén de Rothschild, del cual hoy disfruta gran parte del público, contribuyeron la ignorancia y el abandono consuetudinarios en iglesias y conventos, la ruina de familias ilustres, la codicia de los chararileros, la penuria é indiferentismo del Estado, todas las causas que, como nadie ignora, van despojándonos de las ricas preseas que el pasado nos dejó, y dispersando por el mundo el polvo áureo de nuestra grandeza.

\*\*\*

La colección nuevamente instalada en el Louvre á que vengo refiriéndome, se compone de portapaces, rosarios, efigies, navetas, broches, collares, incensarios, relicarios y tapas de libros. Aunque tan escogida, tan fastuosa y, en su género, á la mayor altura que cabe alcanzar, no creo que pueda compararse en rareza al tesoro de Bosco Reale; pero de fijo representa mucho más dinero. Cada una de estas preciosidades del Renacimiento y de la Edad Media le costaría un sentido al generoso legatario, el cual, no satisfecho aún, consignó en su testamento el bonito pico de un millón de francos para decorar la salita en que había de instalarse la colección. Parece que se quiso cumplir la voluntad del magnate de la banca, pero se tropezó con la imposibilidad física de gastarse esa cantidad en el decorado de un reducido aposento, cuyo techo además estaba ya adornado con hermosas pinturas. Se revisitaron las puertas con madera tallada; se colocó un friso también de maderas... y ya no se supo qué hacer, aunque yo creo que algo pudo haberse hecho, especialmente en las puertas, para invertir la suma. A fin de liquidar el remanente, se compró un tapiz gótico, de gran mérito, que representa «el milagro de los panes y los peces», y se fijó sirviendo de fondo al aposento, frente á la ventana. En la mayor parte de las salitas del Louvre se ven tapices, colocados así, armonizando con los objetos expuestos.

\*\*\*

De los Rothschild procede también una colección de antigüedades árabes y chipriotas que llenan otra sala, y que he registrado con el interés, difícil de justificar en quien no posee conocimientos especiales, pero efectivo y creciente, que me inspira este aspecto del arte. No es, por cierto, muy común mi inclinación. De cien personas que entren en el Louvre, noventa y ocho se van á los salones llenos de cuadros, joyas y esmaltes, y dos toman el camino de las salas egipcias, persas, asirias, caldeas y griegas. Yo, con suma frecuencia, prescindo de la pintura y me voy hacia los extraños restos de las civilizaciones fenecidas y de los pueblos olvidados. Cuanto más los miro, más se me figura que los interpreto á mi modo, no científico, sino imaginativo. Y ya no es poco lograr que el mundo antiguo despierte y exalte nuestra imaginación.

\*\*\*

El Louvre reúne, en arqueología, riquezas incalculables. La constancia del gobierno, siempre atento á estimular, costear y recompensar los esfuerzos de los exploradores, es digna de esta gran nación, determinada á no decaer, en ningún terreno, ante el mundo. Dondequiera que Francia puede sentar el pie, enviar misiones, delegar sabios, lo hace con provecho, y como este impulso se comunica, los particulares á su vez ofrecen á la nación, que sabe estimarla, contribución espléndida.

Ahora mismo está funcionando en Egipto el eminente orientalista Maspero, por cuenta del gobierno francés. No le basta al gobierno la cantidad de antiguallas egipcias que posee, y entre las cuales descuellan preciosidades como la estatuita en madera de la *Sacerdotisa*, la de la *Reina* envuelta en un espléndido traje de oro, y la célebre del *Escriba*, dechado de realismo, insuperable, que ningún artista moderno podrá ponerle la ceniza en la frente al ignorado artista faraónico que la modeló. No le bastan, digo, y quiere continuar la tradición que proce-

de de la memorable expedición de Bonaparte, ahondando el conocimiento, entonces iniciado, del misterioso Egipto. Y Maspero, desde las orillas del Nilo y al pie de las Pirámides, escribe muy satisfecho de sus trabajos, y alabando la buena voluntad de los ingleses, que no sólo le ayudan en su faena, sino que le regalan dinero, fuertes sumas, para co-operar al buen resultado.

\*\*\*

Porque todo ello cuesta mucho: es un ramo del presupuesto..., un ramo correspondiente á la sección de *ideal*, crearán algunos... Verdaderamente lo que indica es buena circulación del dinero, sangre de las naciones. Tener siempre disponibles, para tales empresas, fondos suficientes, es decoro y es blason. Las naciones fuertes, bien constituidas, se conocen en esto; en esto y en la pedagogía, muy principalmente.

Nunca podré consolarme de que España, donde el suelo está preñado todavía de revelaciones, haya dejado dispersarse su hacienda arqueológica; y menos mal cuando la recogieron manos inteligentes, para conservarla y lucirla. Visitando el Museo de Tarragona, decíame quien me lo enseñaba: «Lo que ve usted aquí es la milésima parte de lo que existe aún y que se descubriría excavando y rebuscando. Y esto, después de que, por espacio de ocho largos años, fué arrojada á las aguas del puerto, para formar la escollera, la Tarragona romana, en carretas que iban llenas de fragmentos de estatuas, de tios de cacharros, de pedazos de bronce, de trozos de lápidas inscritas...»

\*\*\*

En el Louvre, como se saluda á antiguos conocidos, saludo á los objetos *nuestros*, donde encuentro grabada la huella de nuestra alma peninsular... La perla del arte ibero-fenicio es la cabeza de mujer, el famoso busto de Elche. Uno de los más exquisitos marfiles es la arquita hispano-árabe, un tiempo perteneciente á D. Juan Facundo Riaño. El busto de Elche, como todos saben, pudo quedarse en nuestra patria por una friolera. Verdad es que acaso entonces permanecería en el olvido que rodea á los monumentos encontrados en el Cerro de los Santos, y que tan curiosos me parecen.

Se ha discutido su autenticidad; y recorriendo el Museo del Louvre, recuerdo mucho esa colección de figurones, ídolos, fetiches solares, estatuas sacerdotales, ó lo que sean; porque en el Louvre se conservan cuidadosamente, sin soñar en eliminarlos, objetos que los inteligentes tienen, sin género de duda, por supercherías modernas. La conocida tiara de oro de Satafarnés — fabricada ayer, en Odesa — es el más claro ejemplo de este criterio conservador. Allí está, bajo un mismo fanal, con los pendientes y el collar, auténticos, y que sirvieron para inspirar tan bella falsificación. Porque la tiara será moderna y contrahecha, pero no puede ser más linda, elegante y artística.

\*\*\*

Como á los remansos y huecos trae el mar los despojos de naufragios, así en este inmenso Museo, que tengo enfrente del cuarto que ocupo en el Hotel, van confluendo despojos de todos los tiempos y de todas las vicisitudes humanas. Lo que inspira el conjunto es, lo repito, el convencimiento invencible de que el arte no progresa, ó mejor dicho, de que la palabra *progreso* carece de sentido aplicada al arte. El arte llega á lo más hondo siempre, de una vez, con rapidez fulmínea. En este punto no podemos atribuirnos superioridad alguna sobre las edades pasadas. Nuestra vida es más grata... ¡quizás!... que la de un contemporáneo de Ramsés ó de Amenofis; pero ¿qué joyero de la calle de la Paz, en París, ideará cosa más *modernista* que las cucharas y los espejos egipcios que acabo de ver? ¿Qué arquitecto ó qué adornista actual vencería al arquitecto de ese templo de Apolo Dídimo, cuyos fragmentos se ostentan en la sala de Rothschild?

\*\*\*

Y ya que he nombrado tantas veces á esta familia israelita acolchada de billetes de banco, no quiero dejar de decir que millonarios así me agradan; sus millones no están ocultos; contribuyen á proporcionararnos ratos muy buenos... Diariamente nos convidan los Rothschild. ¡Gracias, oh inteligentes é ilustrados judíos!

EMILIA PARDO BAZÁN.